

Venía de Hiroshima y me dirigía a Tokio. Hice trasbordo en la estación Shin-Osaka, en Yodogawa-ku, uno de los distritos de Osaka, a una hora de mucho calor. Bajé del tren Hikari y me subí al tren bala Shinkansen. Busqué mi sitio en la fila de mi izquierda y me senté. Puse sobre la bandeja de mi asiento el libro de Rimbaud que estaba leyendo, pero no tenía intención de abrirlo hasta más tarde. Me entretuve mirando las verdes laderas, las casas irregulares y los pequeños campos cultivados que se sucedían a gran velocidad por un paisaje saturado. Pasados unos minutos, me fijé en la joven que estaba a mi lado. Iba escuchando música con unos auriculares rosas a la vez que movía los labios en silencio y bebía a pequeños sorbos un refresco de color kiwi. Al otro lado del pasillo, en mi misma fila, observé a una pareja de ancianos, aunque quizá no lo eran tanto; él llevaba una gorra de béisbol del Yokohama y ella se cubría con un sombrero blando para la lluvia, ambos comían con los dedos, morosamente, algún alimento en una cajita de plástico parcelada. El tren iba lleno y nadie hablaba. Sin embargo, oí que alguien, detrás de mí, dijo el nombre.

Desde la ventanilla lo vi de manera intermitente, primero pequeño, lejano, luego aumentaba su tamaño, aunque se volvía esquivo entre los edificios. Salté de mi asiento y fui a la plataforma de la entrada para ver mejor desde allí. Tardé unos pocos segundos. Cuando llegué a la ventana de la puerta, se me mostró en todo su esplendor. Fue una súbita impresión de la que no fui consciente en ese momento, como les sucede a esas personas que se exponen a una radiación nuclear sin sentir nada y luego, cuando se miran, se ven la piel quemada.

Allí de pie, durante varios minutos que se me hicieron una eternidad, estuve expuesto a la majestuosidad del Fuji. Me quedé absorto, fascinado ante su magnitud y su magnetismo, poseído por un sentimiento palpitante de inaudita belleza y de asombro.

Ignoro la razón por la que en ese momento brotó en mi mente la frase: “¿No serán baile y bailarín la misma cosa?”. Tardé mucho tiempo en comprender el significado de ese verso de Yeats que me había venido a la cabeza al ver el cono nevado del Fuji, un significado de encuentro y de fusión mutua. De identificación mutua, también. Sí, ahí estaba el mismo Fuji que pintaron los maestros Hokusai e Hiroshige, que ha vertido ríos de tinta y dejado millones de camisetas, tazas, platos, láminas, relojes,

*pañuelos, postales, bandejas, puzles y todo tipo de objetos con su imagen
estampada hasta la saciedad.*

Pero yo vi otra cosa. Esa cosa fue la revelación.